

Estudio crítico

Chronica Byzantia-Arabica

José Carlos Martín Iglesias



Biblioteca Virtual Ignacio Larramendi de Polígrafos

ESTUDIO CRÍTICO FHL

© Del texto: el autor.

© De la edición: [Fundación Ignacio Larramendi](#).

Madrid, 2011.



Es una edición electrónica de [DIGIBÍS](#).

ESCRITORES VISIGÓTICOS

SIGLO VIII

CHRONICA BYZANTIA-ARABICA

JOSÉ CARLOS MARTÍN IGLESIAS

Profesor titular en la Universidad de Salamanca

La llamada *Crónica bizantino-arábiga* es una breve crónica de autor anónimo que comienza con la noticia de la muerte de Recaredo I en el año 601 (cap. 1) y finaliza con el fallecimiento del califa omeya Yazid II (720-724), la subida al trono de Hisham (724-743) y el anuncio de que Yazid II ha dispuesto que a la muerte de Hisham (su hermano) sea designado califa Walid II (su hijo, 743-744) (cap. 43). Pese a concluir en el año 724, esta obra se fecha tradicionalmente hacia el año 741 (*terminus post quem*) porque en su cap. 39 incluye la noticia de la ascensión al poder del emperador León III (717-741), y da cuenta de la duración completa del gobierno de éste: *suscepit scepra annis XXIII* (trad. “detentó el poder durante 24 años”). De ello se deduce fácilmente que el autor de esta crónica escribía tras la muerte de este emperador, acaecida en 741.

La reducida tradición manuscrita que nos ha conservado esta obra, la transmite siempre como una continuación de la *Crónica* de Juan de Biclaro, que termina precisamente en tiempos del rey Recaredo I, con cuya muerte comienza la *Crónica bizantino-arábiga*. Por su carácter de simple continuación de una obra anterior, esta crónica se presenta en los manuscritos, como ocurre con frecuencia en estos casos, sin título ni nombre de autor. El título de *Chronica Byzantia-Arabica* le viene dado en virtud del género al que pertenece, la crónica, y de su contenido, pues, después de los primeros 14 capítulos, en los que, siguiendo las *Historias de los Godos, Vándalos y Suevos* de Isidoro de Sevilla, incluye varias noticias sobre el reino visigodo, a partir del reinado de Suintila (621-631) se centra exclusivamente en la historia bizantina y musulmana. El hecho de que sea una evidente continuación de la *Crónica* de Juan de Biclaro es la causa de que también se la conozca y cite como *Continuatio Byzantia-Arabica*; aunque para otros, se trataría de una continuación de las *Historias de los Godos* de Isidoro de Sevilla, de ahí que también aparezca citada como *Continuatio Isidoriana Byzantia-Arabica*, título, no obstante, que apenas se utiliza en nuestros días. Con frecuencia se añade también en el título la que se considera fecha aproximada de su redacción, el año 741.

Por extraño que pueda parecer en una obra de su importancia, esta crónica carece de un estudio exhaustivo que permita lograr el consenso sobre el origen de su autor e incluso sobre su fecha de redacción. El trabajo fundamental sobre esta obra sigue siendo en

nuestros días el de C. E. Dubler, fechado en 1946, sin que el mismo haya logrado convencer a todos los especialistas. La crítica anterior a Dubler, cuyo máximo exponente puede ser considerado Cl. Sánchez-Albornoz era de la opinión de que esta obra había sido escrita en Egipto o más probablemente en Siria poco después del año 724, durante el reinado del califa Hisham, por un cristiano laico que mantenía buenas relaciones con los invasores musulmanes y en especial con la dinastía Omeya, que admiraba a los califas musulmanes, y sobre todo a Mahoma, en quien encontraba fuerzas sobrenaturales que lo hacían dudar de su fe y acercarse a la del Islam. Esta primera versión de la crónica habría contenido únicamente las noticias relativas a la historia bizantina y árabe. A continuación, la obra habría llegado a Hispania, donde habría sido interpolada en su primera parte con los pasajes tomados de las *Historias de los Godos* de Isidoro de Sevilla. Finalmente, ya fuese porque el autor de las citadas interpolaciones viviese en Toledo, ya fuese porque una copia de la crónica llegase a esta ciudad, la obra habría servido de fuente al autor anónimo de la llamada *Crónica mozárabe del año 754*, que se atribuía a un clérigo de origen cordobés afincado en Toledo. Ésta era la opinión de Sánchez-Albornoz antes del estudio de Dubler, y no varió lo más mínimo tras la publicación del mismo.

El análisis de Dubler sigue siendo, no obstante, fundamental al menos en lo relativo a las fuentes utilizadas por el autor de la *Crónica bizantino-arábiga*. Dubler puso de manifiesto que, además de las *Historias de los Godos* de Isidoro de Sevilla, pueden distinguirse al menos las siguientes fuentes orientales en la obra que nos ocupa: la *Crónica universal* de Juan de Nikiu, escrita en Egipto a finales del s. VII, pero redactada en griego y de la que pronto circularon traducciones árabes (origen precisamente de la única versión en la que la conservamos hoy: una traducción amárica), que proporcionó a nuestro autor la mayor parte de las noticias sobre la historia del norte de África en el s. VII; una crónica bizantina de origen sirio hoy perdida, pero que nos ha llegado también en parte por haber sido fuente de la *Crónica bizantina* de Teófanos de Megas Agros en el noroeste de Asia Menor, de comienzos del s. IX (y quizás igualmente del autor de la *Crónica mozárabe del año 754*); y una historia árabe (que según R. Collins habría sido redactada probablemente en latín en Hispania o en el norte de África en tiempos de Hisham), fuente también de la *Crónica mozárabe del año 754*. Parece seguro además que nuestro autor dispuso de fuentes orales de tradición árabe. Desde el punto de vista del contenido, Dubler coincidía con todos los que se habían interesado por la *Crónica bizantino-arábiga* en el deseo que se observa en ella de ensalzar a Mahoma y en el filoislamismo de su autor. Por ello, propuso que esta obra hubo de ser compuesta por un hispano recién convertido al Islam, quizás de origen africano, por la precisión de muchas de las noticias sobre África que en ella aparecen. Además, en virtud de las grafías con las que se transcriben los nombres árabes, Dubler dedujo que éstas ponían

de manifiesto una serie de fenómenos fonéticos que no podían situarse en Andalucía, sino que eran más bien característicos del levante hispano, por lo que situó en esta región el lugar de redacción de la obra. Este último aspecto del estudio de Dubler es, no obstante, el que menos aceptación ha recibido entre la crítica.

Entre los pocos investigadores que se han ocupado de esta obra, M. C. Díaz y Díaz es el que está en líneas generales más de acuerdo con Dubler. Díaz y Díaz no cree, sin embargo, que el autor de la *Crónica bizantino-arábiga* hubiese de ser forzosamente un levantino de origen cristiano, pero convertido al Islam. Para Díaz y Díaz el autor de esta obra fue, sin duda, un hombre culto, conocedor del griego, que tenía a su disposición una rica biblioteca en la que disponía de las fuentes de origen sirio y egipcio señaladas por Dubler. Por ello, la crónica podría haber sido escrita en cualquiera de los centros culturales de importancia de mediados del s. VIII hispánico, tales como Sevilla, Córdoba o Mérida, caracterizados además por mantener estrechos contactos desde antiguo con el mundo siríaco. En apoyo de su tesis, aduce Díaz y Díaz los siguientes argumentos: en primer lugar, las peculiaridades lingüísticas del latín en el que está escrita la obra; en segundo lugar, el uso de las *Historias de los Godos* de Isidoro de Sevilla, y el hecho de que el autor de la *Crónica bizantino-arábiga* parezca presentarse como un simple continuador de Juan de Biclaro; y en tercer lugar, la relación existente entre esta obra y la *Crónica mozárabe del año 754*, redactada verosímilmente, a juicio de Díaz y Díaz, en Toledo.

En fin, el último estudio de interés sobre esta obra se debe a R. Collins. Este investigador cree que el autor de la misma fue, sin duda, un cristiano simpatizante del Islam, y especialmente de la dinastía Omeya (en lo que coincide con Sánchez-Albornoz). Opina además que del hecho de que esta crónica finalice con el anuncio del reinado de Walid II (cap. 43) debe sospecharse que esta noticia fue escrita en tiempos de este califa, esto es, entre 743 y 744. Así, según este investigador, el grueso de la *Crónica bizantino-arábiga* habría sido redactado, en efecto, durante el reinado de Hisham (724-743), probablemente a comienzos del mismo; a continuación, al subir al trono Walid II, la obra habría recibido una serie de adiciones, entre ellas, la noticia de que Yazid II habría establecido que su hijo Walid II debía suceder a Hisham, su hermano.

Por mi parte, y a modo de conclusión, creo que después de los estudios dedicados estos últimos años tanto a las *Historias de los Godos* de Isidoro de Sevilla, como a la *Crónica mozárabe del año 754*, es evidente que el autor de las noticias sobre la historia visigoda de los primeros 14 capítulos de la *Crónica bizantino-arábiga* escribía en Hispania tras la muerte del emperador León III en el año 741. Ello parece deducirse del hecho de que

los autores de la *Crónica bizantino-arábiga* y de la *Crónica mozárabe del año 754* se hayan servido de una versión intermedia de la segunda redacción de las *Historias de los Godos* de Isidoro de Sevilla que no parece haber abandonado la Península Ibérica hasta muy tarde, hacia el s. XIV, pasando por el sur de Francia hasta Italia. Es evidente que el uso de la era hispana en la primera parte de la *Crónica bizantino-arábiga* debe explicarse simplemente porque el autor de esta obra encontró este sistema de datación en las citadas *Historias* de Isidoro. La prueba definitiva de ello es que la fecha de la era hispana que aparece en el cap. 14 de nuestra obra (era hispana 658) presenta una variante textual propia exclusivamente de la mencionada versión intermedia de las *Historias de los Godos* del obispo hispalense. Precisamente ello no avala la teoría de la hispanidad del autor de la *Crónica bizantino-arábiga*, pues cuando éste no pudo seguir disponiendo de la obra de Isidoro, dejó de utilizar la era hispana, con excepción de la noticia del reinado del emperador Constantino III (741), sucesor de Heraclio (cap. 20). Hubo de servirse de ella por fuerza, pues es el único sistema de datación que encontramos en las *Historias* de Isidoro. De haber sido un hispano, no veo por qué no habría seguido utilizándola regularmente después de la noticia sobre Suintila, justamente en el lugar en el que finalizaba la obra de Isidoro que era su fuente, como hace el autor de la *Crónica mozárabe de 754*. El uso de este tipo de datación en la crónica que nos ocupa puede resumirse del siguiente modo: de los capítulos 57, 58, 59, 60 y 62 de la segunda redacción de las *Historias* de Isidoro tomó el autor de la *Crónica bizantino-arábiga* las dataciones, respectivamente, de los capítulos 2, 3, 5, 9 y 14 presentes en su obra. Son, por el contrario, una adición original suya las dataciones según la era hispana que aparecen en los capítulos 4, 6 y 20 de su crónica. Estas tres últimas dataciones se explican, creo, por un cálculo a partir de los datos suministrados por Isidoro: la datación del cap. 4 (era hispana 642) podía calcularse en virtud de las dataciones de los capítulos 58 ó 59 de Isidoro; la del cap. 6 (era hispana 649), en virtud del cap. 60 de Isidoro; en fin, la presencia de este tipo de datación en la noticia sobre Constantino III en el cap. 20 (era hispana 678), puede explicarse fácilmente por un cálculo del autor sumando a la era 658, en que se fija la ascensión al trono de Toledo de Suintila en el año 621, los veinte años restantes hasta el año 641, en que muere Heraclio. Pero el autor de la *Crónica bizantino-arábiga* no parece haber tenido un verdadero interés por mantener este tipo de datación, tanto más fácilmente explicable cuanto que, por un lado, a partir del cap. 14 no contaba ya con fuentes hispanas, lo que lo habría obligado a realizar continuos cálculos matemáticos para datar las restantes noticias de su obra según la era hispana, y cuanto que, por otro, ya no incluía en su crónica informaciones sobre la historia de la Península Ibérica, lo que habría hecho que el uso de la era hispana resultase un elemento extraño y hasta cierto punto perturbador en una obra que no se ocupaba ya de Hispania.

Precisamente estos dos elementos: el abandono de la era hispana (en el cap. 20) y la ausencia en la obra prácticamente al mismo tiempo (en el cap. 14) de noticias relativas a Hispania, me parece que son prueba, como creía Sánchez-Albornoz, de la no hispanidad del autor de la *Crónica bizantino-arábiga*, que no parece haber tenido a su disposición otras fuentes sobre la historia del reino visigodo, como el *Laterculus regum Visigothorum*, o cualquier otra. La presencia de fuentes sirias y egipcias, así como de tradiciones orales de origen musulmán que la redacción de la *Crónica bizantino-arábiga* pone de manifiesto, frente a la penuria de fuentes hispanas, creo que dan la razón a la tesis tradicional que veía en esta obra dos partes bien diferenciadas y hasta cierto punto autónomas como resultado de sumar a un corpus principal de noticias de origen oriental (cap. 4 [segunda parte], 6, 8, 10-13 y 15-43) unas breves referencias a la historia visigoda tomadas exclusivamente de Isidoro de Sevilla (cap. 1-3, 4 [primera parte], 5, 7, 9 y 14). En segundo lugar, el hecho de que, al margen de la *Crónica* de Juan de Biclaro y las *Historias de los Godos* de Isidoro de Sevilla, el autor de la *Crónica bizantino-arábiga* no parezca haber dispuesto de otras fuentes sobre la historia de Hispania, me parece que indica claramente que éste no escribía en ningún gran centro cultural hispano como Toledo o Córdoba. Creo, más bien, que a lo sumo disponía de una importante biblioteca de textos orientales, tanto bizantinos (en griego o en traducciones árabes) como musulmanes, y en la que apenas había obras visigodas.

Que la *Crónica bizantino-arábiga* comience en tiempos de Recaredo I lo interpreto como un deseo de poner en relación la historia del Islam con la historia de Hispania. Si las primeras crónicas cristianas, y en especial la de Eusebio-Jerónimo, pretendían proporcionar un marco histórico a la religión cristiana dentro del contexto de la historia grecorromana, parece que el autor de la *Crónica bizantino-arábiga* aspiró a suministrar ese mismo contexto histórico a la religión musulmana y al imperio surgido a partir de ella. Se trataría de mostrar los orígenes del Islam y la figura del profeta Mahoma dentro del contexto más general de la historia de Bizancio y del más particular de la historia de la Península Ibérica, esto último al menos en la medida en la que lo permitían las fuentes hispanas a disposición del autor. Para ello éste optó por continuar la *Crónica* de Juan de Biclaro y no las *Historias* de Isidoro, quizás porque éstas últimas no se ocupaban apenas de Oriente, mientras que la obra del biclarenses abunda en noticias sobre Bizancio y sigue un sistema de datación de acuerdo con la sucesión de los emperadores romanos orientales, como las restantes fuentes de la *Crónica bizantino-arábiga*, sistema, sin duda, mucho más conocido por el autor que el de la era hispana. Curiosamente, si Juan de Biclaro presentaba al lado del emperador de Bizancio al rey visigodo correspondiente, el autor de la *Crónica bizantino-arábiga* comienza enseguida a presentar de forma sistemática a los sucesivos califas de Damasco, precisamente a partir de Suintila, cuando muere Mahoma y comienza la extensión del

Imperio Islámico: cap. 17, muerte de Mahoma y ascensión al poder de Abu Bakr (632-634); cap. 18, muerte de Heraclio; cap. 19, muerte de Abu Bakr y ascensión al poder de Umar I (634-644); cap. 20, Constantino III es elegido nuevo emperador; y así hasta el final de la obra.

Creo, en consecuencia, que es probable que la *Crónica bizantino-arábiga* haya sido redactada en latín o bien por un mozárabe convertido al Islam con amplios conocimientos de árabe, o bien por un mozárabe al servicio de algún alto funcionario de origen musulmán, afincado en Hispania, culto y poseedor de una estimable biblioteca de textos orientales. Tendríamos así, en este segundo caso, un “autor material” (un mozárabe) que escribe al dictado de un “autor intelectual” (un musulmán). En cualquier caso el “autor material” parece tener serias dificultades para expresarse en un latín escrito mínimamente correcto. Sospecho igualmente que el fin con el que fue escrita esta *Crónica bizantino-arábiga* fue, sin duda, propagandístico y apologético, pues estaba destinada a lectores latinos, esto es, cristianos. La inclusión en la obra de fuentes orientales, redactadas algunas con seguridad en árabe y otras en griego (o quizás también en árabe, en traducciones), me lleva a pensar más bien en la biblioteca de un alto funcionario musulmán y no en un centro de cultura hispano, donde parece difícil que faltasen importantes obras históricas de época visigoda y abundasen las de origen oriental. Ello indica igualmente que, o bien el redactor dominaba varias lenguas, o bien hubo una colaboración entre un hispano y un árabe, ya fuese éste último el funcionario árabe citado o un miembro de su servicio. Si la latinidad del texto es semejante a la de otros de la misma época puede explicarse sin más porque el “autor intelectual” árabe encargó su redacción a un hispano por no poseer probablemente el suficiente dominio de la lengua para escribirla él mismo.

Se ha dicho asimismo que la historia peninsular es presentada en un tono de gran objetividad y hasta de indiferencia. Creo, no obstante, que la visión tanto del reino visigodo como del Imperio bizantino es claramente negativa: Liuva nace de madre no noble (cap. 2), mientras que de Mahoma se resalta su nobilísimo linaje (cap. 13); Witerico se apodera violentamente del trono de Liuva, y él mismo muere asesinado (cap. 3); como Witerico, los emperadores Focas (602-610) y Heraclio I (610-641) ascienden al trono mediante violencias y crímenes (cap. 4 y 6, respectivamente). Pese a todo, este Imperio de gobernantes criminales se extiende por Oriente a costa de los persas (cap. 8, 10 y 11). En este contexto surge la figura del profeta Mahoma y comienza el declive de Bizancio (cap. 12-13). La exaltación del profeta Mahoma en esa parte de la obra es manifiesta (cap. 13 y 17). La crónica sigue contraponiendo en todo momento las rivalidades por el poder surgidas en el seno del Imperio frente a la armonía que reina en el Islam, por ejemplo: Constantino III (641) es elegido a pesar de la

oposición del senado (cap. 20), Constantino IV (668-685) se proclama emperador tras conocer la noticia del asesinato de su padre Constante II (641-668) (cap. 26), el general Leoncio (695-698) derroca a Justiniano II (685-695) y se hace con el poder (cap. 32), y a su vez Leoncio es depuesto por los mismos procedimientos por Tiberio Apsimaro (698-705) (cap. 33), Justiniano II tras recuperar el trono (705-711) es asesinado y se alza con el poder un nuevo usurpador, Filípico (711-713) (cap. 37), los siguientes emperadores Anastasio II (713-715) y Artemio (715-717) alcanzan igualmente el trono durante un largo período de guerras civiles (cap. 37). Además, todas estas noticias son de una gran brevedad, y parece que únicamente han sido introducidas en el texto para proporcionar una referencia cronológica comprensible en el mundo latino a la historia del Islam, desarrollada con mucho mayor detalle en la obra y constituida por una sucesión ininterrumpida de victorias militares tanto en Oriente como en el norte de África. El cronista exalta, así, por un lado, los éxitos militares de los árabes; y, por otro, la bondad de los califas de Damasco. Lo primero parece indicar que no es ningún deshonor para los vencidos, léase hispanos, haber pasado a formar parte del nuevo Imperio que ha venido a substituir al romano y al que se somete el mundo entero. La segunda conclusión que parece imponerse es que el Islam ha venido a traer la paz y la estabilidad a un mundo decadente y corrupto en el que no existían otras leyes que la conspiración, el asesinato y las bajas pasiones sexuales. De este modo, la Península Ibérica no puede salir sino beneficiada del gobierno musulmán. Ello ha llevado a insistir a todos los estudiosos de la obra en su evidente tono filoislámico. Todo estos aspectos de la obra me llevan a pensar en un autor de origen musulmán. Ello no entra en contradicción con expresiones como la del cap. 17: “El citado príncipe de los sarracenos, Mahmet, cumplidos ya los diez años de su reinado, llegó al fin de su vida. A éste desde entonces y hasta nuestros días lo honran con tan gran honor y respeto que en todos sus sacramentos y sus escritos afirman que fue un apóstol de Dios y su profeta”, en la que el uso de la tercera persona del plural proporciona un tono de gran objetividad a la obra, dando así a sus argumentos una fuerza mucho mayor que si el autor de nuestra crónica hubiese utilizado la primera persona del plural: “honramos” y “afirmamos”.

Debe tenerse en cuenta asimismo que las dos únicas menciones de una divinidad en el texto hacen referencia, sin la menor duda, al dios musulmán, y no al dios cristiano. El primer pasaje es el que acabo de citar en el cap. 17, el otro es el siguiente, cap. 31: “Entonces Maroán es cruelmente expulsado por Abdellá de los territorios de Almidina junto con todos sus hijos y sus allegados, y se le ordena que se retire exiliado a Damasco. Pero tras un breve lapso de tiempo, con el apoyo de algunos miembros del ejército y la ayuda de Dios alcanza el reino”. Lo que lleva a pensar igualmente en que el autor del texto profesaba la religión musulmana. La explicación de este tipo de expresiones no creo que deba buscarse en las fuentes de origen árabe utilizadas por el

autor, pues el clérigo hispano que escribió la *Crónica mozárabe del año 754* hace uso de las mismas fuentes y no encontramos en su obra semejantes alusiones a la bondad del dios musulmán.

En fin, si de Suintila en adelante la única noticia sobre Hispania es la mención de su invasión y conquista por parte del ejército musulmán acaudillado por Muza (cap. 36), ello debe explicarse, no tanto por un desinterés del que he denominado “autor intelectual” de la *Crónica bizantino-arábica*, cuanto por la falta absoluta de fuentes hispanas de las que disponía. De ello se deduce, como ya he señalado, que la obra no pudo ser redactada en un centro como Toledo o Córdoba, donde aún debía haber un buen fondo de manuscritos visigodos; y que no debió de ser elaborada por un hispano que habría tenido forzosamente algunos conocimientos sobre la historia de su tierra al margen de los que leía en Isidoro, conocimientos que de uno u otro modo se habrían reflejado en la obra. Hacia la no hispanidad del autor de la obra apunta también la noticia citada de la invasión de Hispania por los árabes (cap. 36), que aparece en nuestra crónica como un acontecimiento más dentro de las gloriosas conquistas del Islam en tiempos de Walid I (705-715), de quien se dice que extendió las fronteras del Imperio Musulmán por el este hasta la India y por el oeste hasta Hispania: “Sometió (*sc.* Hulit) con sus conquistas los territorios de la India. Y en las regiones de Occidente, por medio del general de su ejército de nombre Musa invadió y sometió el reino de los godos en Hispania, reino firme y poderoso desde antiguo; y tras echar abajo este reino, hizo a los godos súbditos suyos”.

En cuanto a la fecha de redacción de la *Crónica bizantino-arábica* me parece que R. Collins tiene razón cuando la sitúa en tiempos del califa omeya Walid II, esto es, entre los años 743 y 744. Collins extrae esta conclusión del hecho de que en el cap. 43 de esta obra se diga que Yazid II antes de morir designó como sucesor de su hermano Hisham a su hijo Walid II. Semejante noticia parece destinada, en efecto, a legitimar el reinado de éste último, durante el que sabemos que hubo de hacer frente a una fuerte oposición que acabó en un golpe de Estado acaudillado por Yazid III (744), con motivo del cual Walid II perdió el trono y la vida. Ya en el cap. 34 nuestro autor había anticipado que ‘Abd al-Malik (685-705) antes de morir designó como sucesor a su hijo Walid I (705-715), pero estableció al mismo tiempo que a la muerte de éste el califato pasase a manos de su otro hijo Sulaymán (715-717), lo que establece un claro precedente en apoyo de la línea sucesoria fijada a su vez por Yazid II tras su fallecimiento. El cap. 34 de esta obra es el siguiente: “Así, Habelmele entregó tras él su reino a Hulit, su primogénito, y estableció que el hermano de éste, de nombre Zoleimán, fuese su sucesor”. De nuevo, en el cap. 40 se nos dice que Sulaymán dejó el reino al hijo de su tío paterno Umar II (717-720), pero que estableció que tras él el trono pasase a su propio hermano Yazid II.

Curiosamente, en ninguno de los estudios que he leído sobre esta obra he visto citado el que a mis ojos es el pasaje fundamental que, junto al cap. 43, permite fecharla, se trata del comienzo del cap. 31: *Moabia iuniore mortuo cunctarum prouinciarum exercitus duos sibi principes elegerunt, unum nomine Abdella et alterum uocabulo Maroan, cuius ex filio nepos hactenus nostris temporibus illorum obtinet principatum* (trad. “Tras la muerte de Moabia el joven, los ejércitos de todas las provincias eligieron a dos príncipes: el uno de nombre Abdellá y el otro de nombre Maroán –precisamente el nieto del hijo de éste ejerce el principado entre los sarracenos en nuestros días–”). Los personajes mencionados en el pasaje son los siguientes: Moabia el joven es Muawiya II, califa en el año 683 (el último de su linaje); los dos príncipes elegidos a su muerte son, respectivamente: ‘Abd Allah ibn al-Zubayr († 692) y Marwan I, califa entre 684 y 685. El hijo de Marwan I cuyos nietos llegaron a gobernar fue ‘Abd al-Malik, califa a su vez entre 685 y 705 (cuyo gobierno aparece citado en el cap. 34 de nuestra crónica). Estos nietos fueron tres: Walid II (743-744), Yazid III (744) e Ibrahim (744). Si tenemos presente ahora que al final de la crónica se justifica el reinado de Walid II, el bisnieto de Marwan I al que se alude en el cap. 31 de la obra no puede ser otro que el propio Walid II, cuyo gobierno se extiende de febrero de 743 a abril de 744. Este breve período de tiempo es a mi juicio en el que debe situarse con mayor verosimilitud la redacción de nuestra obra.

Resumiendo, creo que la *Crónica bizantino-arábiga* debió redactarse en tiempos de Walid II (743-744), en una zona periférica hispana, probablemente del sur o del levante peninsular, por deseo de un funcionario del Imperio islámico que encargó su redacción material a un mozárabe, colaborando probablemente él mismo o alguien a su servicio en la traducción al latín de las distintas fuentes de origen oriental puestas a contribución en la obra.

BIBLIOGRAFÍA

1. Ediciones (Díaz 386)

- GIL, J., *Corpus Scriptorum Muzarabicorum*, vol. 1, Madrid, CSIC, 1973, pp. 7-14.

2. Traducciones

- MARTÍN, J. C., “Los *Chronica Byzantia-Arabica*: contribución a la discusión sobre su autoría y datación, y traducción anotada”, *Cahiers de linguistique et de civilisation hispaniques médiévales* 27, 2004, en prensa. (*)

- BLANCO SILVA, R., “Una crónica mozárabe a la que se ha dado en llamar *Arábigo-bizantina de 741*: un comentario y una traducción”, *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna* 17, 1999, pp. 153-167.

3. Estudios

- CHRISTYS, A., *Christians in al-Andalus (711-1000)*, Richmond (Surrey), Curzon, 2002, pp. 28-51.
- COLLINS, R., *La conquista árabe 710-797*, Barcelona, Editorial Crítica, 1991 (= Oxford, 1989), pp. 53-56.
- DÍAZ Y DÍAZ, M. C., “La historiografía hispana desde la invasión árabe hasta el año 1000”, *De Isidoro al siglo XI. Ocho estudios sobre la vida literaria peninsular*, Barcelona, El Albir, 1976, pp. 203-234: pp. 205-207.
- DUBLER, C. E., “Sobre la Crónica arábigo-bizantina de 741 y la influencia bizantina en la Península Ibérica”, *Al-Ándalus* 11, 1946, pp. 283-349.
- HUETE FUDIO, M., *La historiografía latina medieval en la Península Ibérica (siglos VIII-XII). Fuentes y bibliografía*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1997, p. 3.
- LEVÍ DELLA VIDA, G., “Un texte mozarabe d’histoire universelle”, *Études d’orientalisme dédiées à la mémoire de Levi-Provençal*, vol. 1, Paris, G.-P. Maisonneuve et Larose, 1962, pp. 175-183.
 - , “I Mozarabi tra Occidente e Islam”, *L’Occidente et l’Islam nell’Alto Medioevo*, vol. 2, Spoleto, CISAM, 1965, pp. 667-695: pp. 685-686 (reimp. id., *Note di storia letteraria arabo-ispánica*, ed. M. Nallino, Roma, Istituto per l’Oriente, 1971, pp. 55-77).
- LÓPEZ PEREIRA, J. E., *Estudio crítico sobre la Crónica Mozárabe de 754*, Zaragoza, Anúbar, 1980, pp. 96-99 y 116-117.
 - , “La aportación hispana a la historiografía latina medieval”, *Actas del Primer Congreso Nacional de Latín Medieval (León, 1-4 Diciembre de 1993)*, ed. M. Pérez González, León, Universidad de León, 1995, pp. 167-189: p. 180.
- ORCÁSTEGUI GROS, C.- SARASA SÁNCHEZ, E., *La Historia en la Edad Media. Historiografía e historiadores en Europa Occidental: siglos V-XIII*, Madrid, Cátedra, 1991, pp. 124-125.
- *Repertorium fontium historiae Medii Aevi*, vol. 3, Roma, Istituto Storico Italiano per il Medio Evo, 1970, p. 644.

- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, CL., En torno a los orígenes del feudalismo. Parte segunda: Los árabes y el régimen prefeudal carolingio. Fuentes de la historia hispano-musulmana del siglo VIII, vol. 2, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1942, pp. 27-28.
 - , “César E. Dubler: Sobre la Crónica árabe-bizantina de 741 y la influencia bizantina en la Península Ibérica; Al-Ándalus, 11, 1946; págs. 283-349”, *Cuadernos de Historia de España* 7, 1947, pp. 214-216.
- SÁNCHEZ ALONSO, B., *Historia de la historiografía española*, vol. 1. *Hasta la publicación de la Crónica de Ocampo (...-1543)*, Madrid, CSIC, 1947², pp. 100-104.
- SOURDEL, D.- SOURDEL, J., *Dictionnaire historique de l'Islam*, Paris, Presses Universitaires de France, 1996.